

Butler, Judith. *Violencia de Estado, guerra, resistencia. Por una nueva política de la izquierda*. Madrid: Katz Editores, 2011, 81 pp.

ISBN 978-84-92946-29-7

Esta obra es la transcripción de una conferencia que Judith Butler (Ohio, 1956) impartió en Barcelona en abril de 2010, ampliada en la segunda parte del libro con una entrevista en profundidad. Ambos textos, dirigidos a un lector culto, no necesariamente especializado en filosofía política, giran en torno al papel que puede jugar la izquierda en la defensa de los más vulnerables habida cuenta de las diferentes formas de opresión, exclusión y violencia existentes.

Butler, doctorada en Filosofía en Yale, es una de las más productivas e influyentes pensadoras contemporáneas. Su trabajo se ha centrado en los estudios de género, el cuerpo, la sexualidad, las categorías identitarias, el feminismo, la teoría *queer*, el lenguaje o el poder, con obras como *Subjects of Desire: Hegelian Reflections in Twentieth-Century France* (Columbia University Press 1987), *Cuerpos que importan* (Paidós 2003), *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia* (Paidós 2006), *El género en disputa* (Paidós 2007), *Mecanismo psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción* (Cátedra 2010) y *Marcos de guerra. Las vidas lloradas* (Paidós 2010). Actualmente ocupa la cátedra de Retórica, Literatura Comparada y Estudios de la Mujer en la Universidad de California, Berkeley.

Butler comienza su exposición ocupándose de la relación que existe entre la guerra y la cultura visual. La primera cuestión que aborda es la de precisar a qué nos referimos cuando hablamos de los "instrumentos materiales" de las guerras. Aparentemente, los sujetos hacen uso de estos medios para hacer la guerra; sin embargo, Butler deja entrever que determinados materiales de guerra poseen su propia lógica. ¿Son las cámaras un instrumento activo de las acciones bélicas? La guerra comienza, argumenta la autora, en el momento en el que el objetivo de una cámara apunta a un colectivo y presenta sus vidas e infraestructuras como prescindibles. Las imágenes son capaces de condicionar políticamente los afectos e introducir la distancia que se requiere para predisponer a que

determinados sujetos sean vistos como objetos. Como afirmaba en *Vida precaria*, para que una vida pueda considerada como perdida, antes hay que considerarla viva y valiosa. La imagen es capaz de hacer que la violencia quede asépticamente desprovista del horror que de otro modo provocaría. Desactivados los sentimientos, el terreno queda expedito para bombardear tanto instalaciones militares como civiles.

Del uso político de los instrumentos mediáticos, Butler aborda algunas cuestiones gnoseológicas subyacentes. Ciertamente, la imposibilidad de tener un acceso directo a lo real hace necesarias mediaciones, presentaciones y lecturas de lo que acontece, pero lo que Butler cuestiona, adoptando una perspectiva constructivista, es que exista *lo real* cuya representación gráfica se muestre después. La guerra y sus instrumentos destructivos, afirma, ni están ni pueden ser separados de su dimensión narrativa, como bien saben quienes se encargan de controlar el modo en que se presenta la visualización e información de la guerra. Lo real y su representación no son dos realidades separadas. Como ya dejara sentado en *Cuerpos que importan*, ocupándose de la relación entre el cuerpo y el discurso, la evidente carga política del lenguaje es un indicio que cuestiona la existencia de referentes incontaminados. No hay acceso a lo material sin la intermediación de una significación lingüística. Para Butler, realidad y representación mantienen una suerte de relación quiásmica en la que ninguna de las partes puede ser totalmente aprehendida por la otra, aunque tampoco puede eludir su influencia. Cada descripción es una interpretación, por eso el periodismo es un lugar en el que la lucha política se hace evidente. El anhelo de controlar los medios de representación esconde la pretensión de dominar los modos de organizar, siempre selectivamente, la contemplación de los fenómenos y su comprensión pública. A pesar de que las posibilidades de circulación y reproducción contemporáneas hagan la tarea imposible de realizar plenamente, no cesan los intentos de intervención, por parte de los Estados, en lo visual.

Hechas estas consideraciones, Butler discute que las imágenes sean menos materiales de guerra que otros instrumentos bélicos como las

bombas o las pistolas. Con independencia de sus grados o alcance, han de ser consideradas propiamente como instrumentos de guerra.

Butler pone énfasis en la importancia de lo visual de cara a configurar los marcos interpretativos que proporcionan, de forma excluyente, las claves con las que captar y entender el mundo. El problema es que dichas claves que aportan realidad, inteligibilidad y hasta legitimidad a una realidad selectivamente cribada se fraguan habitualmente lejos del escrutinio público. Correlativamente, lo excluido pierde su entidad, su peso y su lógica. Las versiones alternativas no seleccionadas se convierten en irrealidades. Butler desarrolla en este punto la idea ya presentada en su obra *Marcos de guerra* de que se llega a comprender la violencia de la guerra a través de marcos de interpretación que son al mismo tiempo participantes en su desarrollo. Los marcos marcan los límites de lo que puede pensarse. La guerra obtiene vía libre cuando las alternativas se vuelven impensables, cuando el dolor se amortigua y cuando las víctimas no son merecedoras de duelo. Algunas muertes son intolerables y merecen ser lloradas, otras no. Algunos actos de violencia son legitimados (los del Estado al que se pertenece) y otros, condenados sin paliativos. Lo visual introduce y a la vez elimina variables a la hora de aprehender los fenómenos. Reducir, por citar un ejemplo, la violencia del terrorismo suicida a estallidos de integrismo religioso impide cualquier intento de explicación y lo circunscribe al terreno de lo irracional.

Butler acusa a los conglomerados mediáticos de alcance global como CNN, controlados por el poder de grandes corporaciones, de imponer una óptica en la que la guerra sucede siempre en otra parte, convirtiendo a los espectadores en consumidores visuales pasivos. Además, el lenguaje primariamente sensorial de imágenes y sonido hace que la crítica racional del marco sea más difícil. En consecuencia, las disposiciones afectivas son adheridas o despegadas de diferentes colectivos como si fueran etiquetas, contribuyendo a generar climas belicistas o indiferentes según convenga. Los medios prescinden de la palabra "asesinato" para referirse a la destrucción de vidas inocentes. Pueblos enteros como el palestino son reducidos a la condición de materiales inertes con carácter únicamente

instrumental. La distorsión del lenguaje hace posible el oxímoron de acabar con la vida en defensa de la vida. Los asesinados son bajas, la tortura es una técnica de obtención de información, los inocentes masacrados son efectos colaterales e incluso la guerra se hace en nombre de la libertad. A Butler le interesa destacar que la posibilidad de que existan guerras limpias y quirúrgicas (sugerida por la propia existencia de legislaciones de guerra) es engañosa: la guerra es en esencia destructiva y sucia y las muertes de civiles inocentes son un elemento consustancial a ellas.

Sin embargo, como ya afirmaba en *Marcos de guerra*, es posible superar los marcos. Frente a los grandes conglomerados de información, la circulación de imágenes fuera del control de los Estados perturba el sentido habitual de la realidad y puede llegar a generar escándalos en la opinión pública global, como en los casos de Abu Ghraib o Guantánamo. Contrainformar es dar a conocer datos como el número de civiles inocentes sacrificados e introducirlos como variable dentro de la representación de la guerra. Llama poderosamente la atención, como subraya la autora, que el predominio de los métodos cuantitativos no se reflejen en la contabilidad de mujeres, niños y otras víctimas civiles de las contiendas bélicas. La demanda emocional de tales datos (la indignación) es obstruida, contrarrestada o acallada mediante la labor de enmascaramiento que realizan los medios de comunicación dominantes y la racionalidad militar de las estrategias de guerra. La ocultación de las cifras, su maquillaje o la premeditada indiferencia hacia ellas esconde el miedo a las consecuencias de su exposición, lo que recuerda la máxima kantiana de que no es lícito aquello que no soporta ser publicado.

La tesis de Butler descansa en un principio normativo: la desigualdad radical que caracteriza la distinción entre las vidas que merecen ser lloradas y las que no, que impregna los marcos dominantes mediante los que se conceptualizan los fenómenos, es radicalmente ilegítima. A la ilegitimidad se suma la incoherencia de una distinción que contrasta con la interdependencia global y las aspiraciones al igualitarismo. Butler apoya su juicio en el hecho de que cada uno de nosotros vive en una situación precaria. La precariedad es una situación compartida que liga a unos

individuos con otros, incluso a extraños entre sí. La dependencia es mutua, así como la vulnerabilidad. La vida de un hombre está ligada irreversiblemente a la de los demás. Somos cuerpos dependientes de los demás desde la niñez hasta el final de la vida, habitamos en profundas redes sociales de interdependencia. Butler se apoya en el concepto de obligación moral de Levinas para afirmar que tenemos obligaciones con los extraños, especialmente la de proteger sus vidas, lo cual implica por un lado reconocer la precariedad humana a todos por igual más allá de fronteras y afinidades identitarias y por otro, la necesidad de poner en marcha mecanismos positivos de apoyo que minimicen la precariedad de forma igualitaria.

Estas reflexiones se inscriben dentro del área de interés de la autora. Pueden entenderse muy vinculadas a su teoría *queer* en la medida en que lo *queer* es una lucha pública por el reconocimiento de una mayor libertad e igualdad para las minorías que acabe con su situación de vulnerabilidad y precariedad. En unos y otros casos, la libertad, afirma Butler, no puede ser pretexto para imponerse a las minorías. Buscar su asimilación en la corriente mayoritaria sólo sirve para aumentar su precariedad. "Cualquiera que sea la libertad por la que luchamos, debe ser una libertad basada en la igualdad. En efecto, no podemos encontrar la una sin la otra. La libertad es una condición que depende de la libertad para realizarse" (p. 46).

Lo que está en juego en este equilibrio precario, denuncia Butler, es la capacidad de las mayorías de sojuzgar a las minorías. Los intentos de homogeneizar poblaciones, reconducir a los desviados, integrar a los extranjeros o "democratizar" Estados contribuyen por lo general a su mayor subordinación.

Para concluir, Butler defiende el papel de la movilización política de la izquierda para ejercer la oposición hacia toda forma de minorización, opresión, discriminación o precarización de colectivos; no solo en la cultura mayoritaria, sino también dentro de los colectivos minoritarios. Rechazar la asimilación de las minorías no supone la aceptación de las opresiones que se realizan dentro de las propias minorías. Defender también a las minorías dentro de las minorías requiere trabar alianzas efectivas por

encima de las fronteras identitarias.

El libro, reflexivo y crítico, es una invitación a sobrepasar, ensanchar o simplemente romper los marcos que limitan nuestra aprehensión de la realidad. Esta tarea sería imposible, y de ahí se desprende el valor del texto que hemos presentado, sin la identificación y denuncia de los instrumentos, marcos interpretativos y medios de los que se valen las fuerzas mayoritarias para ejercer la violencia y la dominación sobre las minorías.

JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ MANZANO
Universidad Complutense de Madrid